

(Soledades, año 2000 - 3)

COMUNICAR O NO, ESA ES LA CUESTIÓN

Alfredo Bryce Echenique

Nos hemos acostumbrado tanto a oponer la soledad a la comunicación, que ni cuenta nos damos de que no podemos pensar en una sin pensar en la otra. Ambas palabras se asocian infaliblemente en nuestra mente, como algunas parejas o dúos mundialmente famosos cuya asociación inmediata se convierte en un estereotipo. Si nuestra avidez de comunicación no fuese tan grande, sin duda alguna nuestra soledad sería menos profunda.

Existe un lugar común acerca de la incomunicabilidad: «Cuando se está triste o deprimido, lo que más se desea es la soledad», o, también: «La persona que sufre tiene una concepción distinta de las cosas, no logra establecer contacto con nadie, y se repliega sobre sí misma». Este lugar común es el contrapunto de la alegre melodía que entonan aquéllos que sí se comunican plenamente. Estas personas se muestran satisfechas y saben dirigirse a los demás, siempre y cuando esos otros seres logren también comunicarse y estén igualmente satisfechos. Finalmente, sólo podemos comunicarnos con nuestros semejantes, aunque tal cosa no es una fatalidad de la condición humana sino una consecuencia del empleo que la gente hace actualmente del lenguaje. La gente desea comunicarse, sí, pero sin interrogarse primero acerca de aquello que desea transmitirle a los demás.

La comunicación produce forzosamente soledad, a partir del momento en que el verbo **comunicar** se ha convertido en intransitivo, es decir: un verbo sin objeto, o, como nos lo precisa el diccionario: «Un verbo que expresa una acción limitada al sujeto y que no recae sobre objeto alguno». Por lo tanto, comunicar ya no significa transmitirle algo a alguien: significa únicamente estar en relación con alguien. Ya no se desea transmitirle nada al otro; se desea tan sólo estar con él. El individuo que comunica sólo por comunicar, y el que no logra ni siquiera esto, son, en un primer momento, semejantes ante la soledad ocasionada por la necesidad de una presencia. Sin embargo, luego se diferencian en lo que se refiere a la posibilidad de satisfacer esta necesidad. Todos los seres humanos están solos, pero algunos están bastante más solos que otros.

La sociedad industrial tenía sus parias: los pobres. En los tiempos del capitalismo salvaje, éste respondía a sus reivindicaciones empleando la célebre frase de Guizot: «¡Enríquzcanse!» Nuestra sociedad de comunicación responde de manera bastante análoga a sus nuevos parias, los pobres en comunicación: «¡Comuníquense más!» Tal cosa se debe a que nos hallamos recién en el umbral de la era de la comunicación; de ahí su aspecto aún bastante salvaje. Sin embargo, hay algo en la naturaleza misma de la comunicación que implica que, en adelante, estos nuevos parias deberán cuidar de sí mismos, que nadie los protegerá.

En efecto, detrás de la comunicación por la comunicación, yace la idea de que tanto el éxito como el fracaso dependen esencialmente de aquél que desea comunicar algo. Si no logra hacerlo, él es el único responsable. Quien sufre debido a su incapacidad de comunicarse -se nos hace saber-, es simple y llanamente demasiado dependiente del otro. Y además sufre porque no se siente bien en su propio pellejo. Se sobrentiende que todo aquél que tiene dificultades para comunicar, está en la obligación de realizar el primer esfuerzo, de dar el primer paso. Y se sobrentiende también que aquél que no tiene dificultad alguna en hacerlo, en nada es responsable por el fracaso de la comunicación. En realidad, aspiramos a una forma bastante extraña de comunicabilidad, en la que ésta hace que el otro sea indispensable y, al mismo tiempo, lo priva de toda su importancia real. Nuestra necesidad del otro es inmensa, pero el papel que le otorgamos es insignificante.

Según este esquema, la presencia del otro no implica que tengamos que comprenderlo y se justifica sólo por la necesidad que tenemos de que esté ahí. Si la comunicación tuviese un objeto, obligaría a cada individuo a una reciprocidad en los esfuerzos: tendríamos que poner algo de nuestra parte para comprender al otro, y, simultáneamente, el otro haría lo mismo con nosotros. Pero, en el origen y el fin de la comunicación, sólo existimos nosotros mismos y el otro sólo es un fruto de nuestra imaginación, un mero producto de nuestros fantasmas.

En efecto, entre los solitarios y los otros -los satisfechos-, existe un acuerdo tácito en torno a la idea de que la comunicación sólo vale la pena cuando es plena. Sin embargo, unos y otros continúan siendo «seres susceptibles de comunicación», y la única diferencia entre ambos es que los primeros se realizan como seres y los segundos no. Ésta es la característica perversa de la

comunicación moderna: nos empuja a mirar siempre hacia el exterior, pero, al mismo tiempo, obliga a aquél que no logra comunicarse a aislarse cada vez más y a replegarse sobre sí mismo. La incomunicabilidad pesa sobre el individuo al que hace sufrir, como una sentencia de excomunión sobre un creyente.

La soledad no siempre significa incompreensión, ni tampoco un silencio que se alimenta de la dificultad para decir algo. La soledad infeliz comunica, pero lo que transmite es, en el fondo, una incapacidad para comunicar. El solitario que se aísla no parece reprocharle su incompreensión a los demás: más bien parece querer decir que no hay nada que comprender. Lo que parece cuestionar, más bien, es la necesidad misma del lenguaje y su sentido. Sin embargo, este cuestionamiento no es una forma de escepticismo. Expresa, eso sí, una profunda decepción, y, simultáneamente, deja constancia del odio que se le tiene a un lenguaje sumergido en lo más profundo del ser e incapaz de hacer aflorar la vida afectiva hasta la superficie de las palabras. Por el contrario, los solitarios satisfechos y extrovertidos tienen siempre las palabras de afecto entre los labios y se comunican con asombrosa facilidad. Existen, pues, los ricos, los pudientes de la comunicación, y los decepcionados de ella, los nuevos parias. La desigualdad entre unos y otros es tanto afectiva como cultural. Los primeros están plenamente satisfechos y poseen las palabras para expresarlo y hacerlo saber en su entorno; los segundos son infelices, y apenas logran manifestarlo y encontrar algún consuelo en sus propias personas.

El conjunto de experiencias que nos otorga la vida forma parte de la cultura de todo individuo. La cultura es un fruto del intelecto que hunde sus raíces en la sensibilidad de cada persona, y también es fruto de emociones forjadas por el lenguaje que se ocupa de ellas y las protege, de manera tal que cada uno puede ser su propia sociedad, gracias a sus recuerdos, sus pensamientos y sus ideas. Podría incluso decirse que, en lo que a la soledad se refiere, la cultura es todo aquello que nos queda de los demás, cuando éstos ya se han ido.

La radio, la televisión, y la lectura de ciertas revistas logran que se produzca cierta animación en una vida personal que carece de ella. Así, de pronto nos sentimos orgullosos cuando un candidato cualquiera sale vencedor en un concurso de preguntas y respuestas, por ejemplo, o soñamos con la importante cantidad de dinero que se gana un desconocido en alguna **Rueda de la fortuna**, como si fuéramos nosotros mismos los que acabamos de

embolsicarnos tan apetitosa suma. La vida se agota en un sueño eternamente idéntico y cuidadosamente alimentado con mediáticas dosis de animación ya listas para ser consumidas. Estos ecos de la existencia de los demás tienen muchas probabilidades de resonar en algunas vidas solitarias. En cambio, éstas no tienen ni palabras ni imágenes propias que las ayuden en su carencia afectiva.

La cultura y el ocio tienden actualmente a confundirse, debido a que ambos constituyen un campo de inversión afectiva. De hecho, los medios de comunicación los han anexado ya, puesto que los fondos que gestionan son precisamente los diversos gustos, las emociones y los sentimientos. El individuo logrará controlar su caudal afectivo de acuerdo a su nivel cultural. Las personas más cultas, las que saben invertir mejor en sus ratos de ocio, no tienen problema alguno para colocar los productos de su afectividad. En realidad, logran exportárselos muy fácilmente a los demás, puesto que son seres que se comunican. Las demás personas, por el contrario, corren el riesgo de ser declaradas en quiebra emocional. Al no saber invertir ni comunicar sus sentimientos, sus existencias de afecto se van quedando angustiosamente en anaqueles y vitrinas, como pan que no se vende, y al final esas personas ni siquiera logran liquidar sus mercancías.